



*Al mediodía del siglo decimo noveno, gal pa de los Andes la cerveza vino francesa vino... el Malbec argentino en sus fincas y uvas
Towards the mid nineteenth century at the foot of the Andes the almost white French grape was sown in the Argentinian Malbec with new vineyards*

TANGO EN NY

Por Marysol Antón



La barra. Maderas oscuras, detalles escenográficos de iluminación y banquetas altas de aluminio estilo Emecó crean un ambiente íntimo y de encuentro. El techo se forró con placas de cobre anodizado.



En Nueva York, el restaurante Mall
terroir local en tierras lejanas,



oec Tango House se convirtió en un
con diseño interior sofisticado.



Autores. Letras de tango recorren el perímetro de los muros. Pisos gastados y paredes recubiertas en madera le dan calidez a un sector del restaurant.

Con acento cubano, el arquitecto y fotógrafo Orestes González fue quien dotó a Malbec and Tango House de una raigambre bien argentina, con una perfecta amalgama entre los viñedos que crecen en la ladera de la Cordillera de los Andes y el colorido que late en las callecitas de La Boca. Así, en Manhattan, en el corazón de Nueva York, este restaurante argentino es fiel representante de nuestra cultura.

Muchos podrían decir, al escuchar a Orestes contar la visita en la que conoció el lugar, que fue casi amor a primera vista.

“Juan Fabbri, el dueño (también propietario de Tango Porteño y Esquina Carlos Gardel, en Buenos Aires), me

pidió que modificara un restaurante ya existente que estaba adjunto a un pequeño teatro donde usualmente se veían conciertos de rock chicos. Para que tengan una idea, Yoko Ono festejó allí su último cumpleaños. Con este bagaje fuimos a ver el espacio y, aunque suene increíble, ahí mismo desarrollé un concepto que plasmé en una servilleta de papel. De ese diseño, muy poco ha cambiado”, relata este amante del diseño.

“Era un lugar común, casi mediocre en su entorno. Lo que lo hacía especial era la planta subterránea donde había una barra a la que accedías entrando por debajo del restaurante y, hacia el fondo, un pequeño teatro con escenario en el que se desarrollaban diversos



Orestes González. Nacido en Cuba, pero formado en EE.UU. donde trabaja como arquitecto y fotógrafo, supo conjugar las claves de un estilo argentino con un entorno muy neoyorquino.

Tango. en el subsuelo, hay orquesta en vivo y espectáculos, además de una pista para que milongueen los visitantes.

Cristián Pietrapiana. Punto de Encuentro, Obra del pintor argentino radicado en Nueva York, quien compuso un universo de parejas en miniatura bailando (Tinta china sobre papel).

actos, casi siempre de manera experimental. En la primera visita me animó mucho el potencial del espacio. Me tomó tan solo media hora generar los bocetos, todo fue muy rápido”, cuenta este creativo que echó mano a sus viajes por la Argentina para idear el diseño interior.

Desde el inicio, González se imaginó al restaurante como un lugar cálido, con materiales que correspondieran a la idiosincrasia nacional. Así, este arquitecto eligió usar maderas oscuras, hierro forjado a mano, metales oxidados, pintura decapada, iluminación proveniente de luz de bombillas fluorescentes y pisos gastados.



El subsuelo es ideal para oír a la orquesta en vivo y ver a los bailarines de Tango House. El público se lanza luego a la pista.







Nocturno. La entrada al local de tango y degustación de Malbec muy cerca de Astor Place, en Manhattan.

“El gran desafío es que estos mismos materiales se usan mucho en otros locales argentinos en los Estados Unidos, siempre se los ve utilizados de una manera literal, casi caricaturesca. Por mi parte, traté de capturar la esencia de cada uno, ese feeling que se produce cuando se juntan, el mismo que encontré en mis viajes por La Boca, por las tierras mendocinas o salteñas. Un sentir quizá algo olvidado, pero con carácter propio.”

El primer escollo que tuvo que resolver González fue la iluminación, pues es un local profundo (como casi todos en esa ciudad tan cosmopolita) y el fondo suele volverse algo oscuro. “Para eso instalamos un techo de metal (cobre anodizado) semi pulido. Este da mucha luz al ambiente, es un efecto que utilizo mucho en mis diseños en Nueva York, pues el reflejo de la luz que entra por la ventana se replica mucho más hacia lo profundo.

A esto se suma, justo antes del techo, una banda iluminada con leyendas porteñas y citas de tangos clásicos. Es una obra del artista argentino Cristián Pietrapiana (radicado desde hace años en Nueva York), que también es autor del cuadro que muestra un círculo formado por incontables miniaturas en tinta china de mesas de milonga y parejas bailando tango. “Un efecto moderno, pero clásicamente porteño”, afirma este cubano conocedor de lo porteño.

Claro está que los detalles que remiten al vino no faltan en Malbec. Uno es la gran pared de corchos. Más de 5 mil piezas fueron instaladas por el artista catalán Ignacio Plá. “Juan Fabbri siempre venía con valijas llenas de corchos de todos los grandes almacenes de vino. ¿Se imaginan las explicaciones que tenía que dar en Aduana del aeropuerto JFK? Fue gracioso el proceso. Elegimos el material porque además es sumamente efectivo para absorber el sonido”, cuenta González.

En la entrada, cientos de tapas de cajas de madera de vino tapizan un muro, mientras que en el otro extremo una gran pared de cristal separa al salón del alma-

cén donde se albergan las famosas botellas de distintas bodegas argentinas.

En el medio, la gran barra luce un estilo clásico con maderas oscuras (casi negras, para ocultar las imperfecciones y el uso cotidiano) y sillas modernas de aluminio (livianas y ultra resistentes).

El área del Tango House incluye el teatro y el Wine Bar. Allí existía una barra custodiada por terciopelo y espejos. Al correr esos materiales gastados aparecieron los muros de piedra que ahora luce Malbec. “Son los originales de 1840, lo único que hicimos fue iluminarlos e instalar una mesada flotante de zinc”, dice todavía sorprendido González. A un costado, unos paneles con fondos de botellas que transmiten su color a la luz.

Aquella barra que estaba fue intervenida con una capa de zinc y piezas de metal forjado en el frente. Su estilo dialoga perfectamente con las columnas de hierro (de antes de la guerra civil americana) que aparecieron durante la obra. “Se convirtió en un espacio urbano y sexy, con mucha historia auténtica.”

Por supuesto, a tanta argentinidad había que darle un toque neoyorquino. ¿Y qué mejor que un grafiti entonces? Para dicha tarea fue convocado Meres One. “Le pedí que hiciera un gran ‘tag’ con la palabra tango. Nos pasamos una noche de enero, sin calefacción, tomando café y creándolo”, recuerda el arquitecto y diseñador.

El salón VIP se ambientó con fotos de González. “Reuní a varios empleados y amigos y los fotografié. Vestidos en blanco y negro, fueron los modelos para los retratos como los de la década del 20, y que remitieran a La Boca. Es un homenaje al puerto porteño y una conexión con Nueva York, que también recibió a inmigrantes de todo el mundo”, reflexiona este creativo.

Por último, en la zona del escenario se amplió su superficie para darle espacio a los 20 bailarines y la orquesta que cada noche deleitan a los comensales. Se mejoró el sistema de luces y sonido y se instalaron vestidores que eran indispensables.

Una apuesta que no dejó detalle librado al azar.